

Santísimo Sacramento y á la Virgen Santísima. Erigida canónicamente esta asociación por el Arzobispo de Turín, Pío IX la enriqueció con indulgencias, la erigió en Archicofradía y le acordó todos los derechos, preeminencias, favores y prerrogativas de costumbre (1).

(1) Quien desee tener cabal noticia de los privilegios y gracias de que se gozan en esta Asociación, puede ver el opúsculo titulado *Asociación de los devotos de María Auxiliadora, erigida canónicamente en la iglesia que la está dedicada en Turín, escrito por el sacerdote D. JUAN BOSCO*. Puede obtenerse en cualquiera Casa Salesiana.



## MARÍA AUXILIADORA

Y

### DON BOSCO

**Valdocco.**

Valdocco, donde está el Oratorio de San Francisco de Sales, no es un lugar cualquiera: es el paraje mismo donde se martirizaba en otro tiempo á los confesores de la fe, y de ahí el nombre de *Valdocco*, — *Vallis occisorum*.

Esa tierra regada con sangre tan preciosa estuvo muchos años abandonada y profanada con despachos, burdeles y tabernas de la peor especie; mas Don Bosco fué providencialmente conducido á santificarla cuando en ninguna parte conseguía asilo seguro y permanente.

Por indicación de la Santísima Virgen conoció en que sitio le debía edificar un templo; conoció igualmente el lugar del martirio de los santos Adventor y Óctavio, y para honrarlos les dedicó allí la capilla de Santa Ana.

Hoy en día sube de Valdocco al Cielo oración no interrumpida.

Cosa digna de notarse: contiguo al Oratorio existe un vasto y maravilloso hospicio debido á un santo sacerdote el cual fué como el precursor de Don Bosco — Don José Cottolengo — que nacido en Bra del Piamonte, en 1786 — hace poco más de cincuenta años fundó en los alrededores de Turín el establecimiento conocido con el nombre de *Pequeña Casa de la Divina Providencia*. Puede decirse que todo es sobrenatural en la existencia de esa casa: no tiene ni un céntimo de entrada y sin embargo la caridad pública suministra el pan cotidiano á cuatro mil pobres enfermos, los cuales con todo esmero son allí atendidos y albergados; hombres, mujeres, niños, todos, cualquiera que sea su enfermedad, sin distinción de nacionalidades ni de religión, son allí recibidos. Para ser admitido el mejor y casi el más indispensable requisito es *carecer de toda recomendación*.

*Charitas Christi urget nos.* — *La caridad de Cristo nos apremia*, tal era la divisa de ese siervo de Dios, cuya vida fué un continuo milagro, de ese padre — según la gracia — de una inmensa familia de inválidos, estropeados y afligidos con las calamidades y miserias que constituyen la herencia de la humanidad.

Don Cottolengo murió el 30 de abril de 1842 en olor de santidad, y fué declarado *Venerable* en 1877.

DON COTTOLENGO Y DON BOSCO... ¡hé ahí las dos magníficas flores que han germinado de la sangre de los mártires de Valdocco!

1832.

## DON BOSCO ESTUDIANTE

El niño Juan comenzaba el estudio del latín. Apenas principiado el año escolar no había podido todavía proporcionarse los libros de texto y se limitaba á escuchar.

Se traducía á Cornelio Nepote. — A ver, dijo el profesor, que Bosco lea, construya y traduzca.

El alumno que ya había oído el pasaje, con gran serenidad toma un libro, y como si fuera el texto, lee, construye y traduce con notable facilidad lo que el maestro le pide; pero entre tanto los condiscípulos cuchichean y apenas pueden contener la risa.

El profesor, impaciente con no poder conseguir silencio, dirigiéndose á Juan Bosco le pregunta:

— Dime qué origina ese bullicio entre tus compañeros.

— Señor, yo no lo sé.

— Entonces que ellos lo digan.

— Uno ingenuamente declara que es porque Bosco no tiene el Nepote á la vista.

¡Cómo es posible! El profesor toma el libro de Juan: era una gramática latina. Esto basta á dar una idea de tan sorprendente memoria.

Juan Bosco cursando retórica, una noche soñó que traducía un dictado, dictado que precisamente á la mañana siguiente es el que se manda escribir en la clase. Juan entonces en vez de apuntar el texto, de que se acordaba perfectamente, hace la traducción y la entrega al maestro.

Éste con cierto enfado le dice: ¡Qué! ¿eres tan presuntuoso que pretendas hacer al vuelo una traducción? La lee y no halla una falta.

—¡Ah! la has copiado; ¿no es verdad?

—De ningún modo.

—¿Quién entonces te ha hecho esta traducción?

—Nadie, señor: anoche, en sueño, se me ha dictado este escrito, Ud. me lo ha corregido, yo conservo el recuerdo y *eso es todo*.

\*  
\* \*

—Juan Bosco, cuando de clérigo, se preparaba al examen definitivo para recibir las órdenes sagradas, sabe en la víspera cual es el tratado á que ha de concretarse la prueba; ignorando que semejante tratado formara parte del programa, ni lo había leído; con todo en vez de turbarse invoca á san Luis Gonzaga en los términos siguientes: *Bien véis, querido Santo, que no se trata de proteger mi pereza, sino de ayudarme para evitar las consecuencias de una omisión involuntaria. ¡Valledme!*

Al día siguiente preséntase tranquilo ante la comisión examinadora y responde satisfactoria-

mente las cuestiones y objeciones propuestas; pero una singular sonrisa que aparecía en su semblante picó la curiosidad de uno de los examinadores, el cual pasado largo rato, le preguntó la razón.

—Es porque me interrogáis sobre un tratado que involuntariamente he dejado de estudiar; ni siquiera he abierto tales páginas,—y sacando el libro del bolsillo lo presenta con las hojas todavía plegadas á su interlocutor. En seguida refirió lo ocurrido, sin callar la invocación á san Luis Gonzaga, y terminó pidiendo á la Comisión que se sirviera excusarle.

En vez de reñirle, el examinador «Amigo mío, le dijo amablemente, yo le felicito y me alegro del éxito obtenido. Continúe sus confiadas oraciones en el santo estado á que Ud. se va á consagrar; que si ya ellas son tan eficaces, la Iglesia podrá alegrarse de poder contarle un día en el número de sus ministros y grande será el bien que pueda hacer á las almas.»

1838.

### UNA FIESTA SIN PREDICADOR

En P\*\*\*, cerca de Turín, se celebraba la fiesta del Santo Rosario, é invitado un seminarista á servir de acólito en las vísperas, asistió con toda su familia. Iban ya á comenzar los oficios cuando se supo en la sacristía que el predicador esperado

no podría venir. Fácilmente se adivina la desazón que produjo tal noticia en todos los sacerdotes presentes y particularmente en el cura. La opinión general fué que de pronto y sin preparación no era posible reemplazar al orador y que en consecuencia era necesario resignarse á hacer la fiesta sin predicación.

Nuestro seminarista, presente á la deliberación, manifestóse penosamente sorprendido. ¡Cómo! ¿entre tantos sacerdotes no hay uno capaz de exhortar con unas pocas palabras á este pueblo que ha venido en masa en la confianza de oír un sermón? Díjolo con tan ingenua vivacidad que uno de los eclesiásticos le contestó: ¡Hola, valentón! ¡quizá tú te animarías á pronunciar un discurso!

— Si no temiera faltar á las consideraciones debidas, yo no tendría ningún inconveniente.

La actitud modesta, pero decidida del joven cautivó las simpatías, y, en vez de manifestarse disgustados, muchos de ellos le infundieron valor.

El Cura interesado más que otro alguno en el asunto, le llamó aparte y le preguntó si en verdad se atrevía á subir al púlpito.

Respondióle el joven que con sólo leer antes el breviario hallaría los pensamientos que le eran menester y que por lo demás trataría de desempeñarse tan bien como le fuera posible. Así quedó convenido. Llegado el momento el seminarista viste roquete y sube al púlpito. ¡Cuál sería el asombro de su familia, que apenas podía creer lo que veía con sus ojos!

El orador con voz clara, primero dulce, en seguida animada y ardiente, se apodera de todos los corazones. Los fieles escucháronle atentos y gozosos durante los tres cuartos de hora que duraría el sermón, y confesaron no haber oído nada semejante. Háblase todavía de esto en P\*\*\*.

El joven, improvisado predicador, se llamaba Juan Bosco.

1845.

### UN TRUENO

Cuando la casa de Pinardi llegó á ser insuficiente para contener á los niños, Don Bosco pensó en fundar otro Oratorio, el de San Luis.

Después de muchas diligencias halló un local á propósito, propiedad de la señora Vaglienti á quien se dirigió para tratar de comprarlo.

Manifestóse dispuesta la señora á venderlo; mas el precio que fijó era muy superior á lo que podía ofrecer el pobre sacerdote. Razonamientos, instancias, oraciones para inclinar el ánimo de la dueña en favor de la Obra todo parecía inútil: nada cedía ella en sus pretensiones.

No concluída aún la entrevista cuando, cubierto de nubes el cielo, un trueno formidable estremece la casa y apaga la lámpara de la pieza.

La señora, medio muerta de miedo, cambia de tono:

— Mi buen Padre, dice á Don Bosco, obtened

que yo libre de esta tormenta y os concederé lo que queráis.

— Gracias: yo rogaré á Dios que os libre ahora y siempre.

Los truenos no se repitieron; despojóse casi de improviso el cielo y la señora cumplió su palabra.

1845.

### DE CÓMO DIOS

á veces ha castigado el mal hecho á Don Bosco y las ingraticudes con que en ocasiones le pagaban.

Hemos visto cómo debiendo renunciar á la capilla del Refugio, Don Bosco obtuvo del Municipio el permiso de funcionar en la iglesia de S. Martín, llamada de los Molinos, donde los muchachos, sin tener más lugar de recreo que la plaza, incomodaban con sus gritos á todo el vecindario; por cuyo motivo, elevada una queja al Alcalde de Turín, dióse en el acto orden á Don Bosco de abandonar el local.

Quien más contribuyó á obtener este resultado fué un secretario de la administración de los Molinos, el cual en una memoria llena de falsedades refería los hechos sin la menor delicadeza. Fueron esas las últimas líneas que escribió: entorpeciósele la mano derecha con una parálisis y después de tres años de padecimientos sucumbió de inanición.

Expulsado de San Martín trasladóse el Oratorio á San Pedro ad Víncula, en un local vasto y apropiado.

Ya se ha dicho cómo el desgraciado rector de la parroquia que vivía en la casa vecina á la iglesia, molestado en su tranquilidad, obtuvo sin demora que se despidiera á los niños.

Ese pobre anciano habíase dejado guiar de las instigaciones de su sirvienta, mujer de carácter agrio y arrebatado, la cual se enfureció con la idea de que eran invadidos sus dominios. Su atrevimiento llegó hasta insultar á Don Bosco y amenazarle en momentos que instruía á los escolares, empeñándose en seguida con su dueño hasta hacerle escribir una querrela contra aquella *partida de pilluelos*.

Apenas fué enviada tan funesta carta cuando una apoplejía arrebató la vida al anciano sacerdote; y dos días después su servidora era también conducida á la tumba.

\*  
\* \*

El marqués de Cavour, Alcalde de Turín, dos veces intentó cerrar el Oratorio. Al punto que hizo la segunda tentativa una parálisis lo postró en el lecho y poco después murió.

\*  
\* \*

El marqués y la marquesa de X..., en Turín casados hacía ya diez años, y sin haber tenido hijos, veían su ilustre familia en peligro de extinguirse.

Movidos de gran pesadumbre pidieron á Don Bosco que les obtuviera la gracia que tanto deseaban.

Don Bosco se puso en oración con todos los suyos y, después de una novena especial, Dios escuchó la petición, pues la marquesa dió á luz un hermoso niño, cuyo nacimiento se celebró extraordinariamente, pero olvidados quedaron los pobres huérfanos de Don Bosco.

Pasaron algunos años sin que el siervo de Dios pensara en semejante ingratitud; mas un día, sin saber donde encontrar el pan para su numerosa familia, se presenta en la casa del marqués.

No le reciben.

Vuelve otra vez y consigue exponer el motivo de su visita.

— Señor presbítero, le contesta el marqués, mucho siento no poder complaceros en esta circunstancia; el año es malo y tengo que hacer crecidos gastos; pero aprovecharé la primera ocasión en que pueda seros útil. Hoy tengo muchos asuntos entre manos; dentro de poco iré á veros.

En efecto, poco después, efectuóse la visita anunciada; pero fué para solicitar protección. Hallábase Don Bosco en su estancia, cuando, abriendo precipitadamente la puerta, entran desolados el marqués con la marquesa.

— ¡Ah! nuestro Padre, nuestro buen Padre, socorrednos; atacado de una angina membranosa, nuestro hijo se muere!

Preparábase Don Bosco á acompañarlos cuando llega un doméstico y anuncia la muerte del niño.

1846.

### DE CÓMO SE QUISO ENCERRAR A D. BOSCO en un manicomio y lo que sobrevino.

Un tiempo fué Don Bosco tenido por loco, pues que hablaba de construir un Oratorio con talleres, salas de estudio, vastos patios, hermosa capilla para multitud de niños, cuando era extrema su pobreza. Estaba entonces solo.

Dejéronle aún sus amigos por visionario y no faltaron quienes creyesen que lo más prudente era someterle á especial régimen en un hospital de maniacos, donde no comprometiese al clero.

Previénese oportunamente al director del manicomio y se le ruega trate con dulzura al par que con firmeza al pobre enfermo.

Llegado el momento de trasladarle allí, dos sacerdotes se conciertan en irle á buscar en coche al Oratorio. Luego que entablan conversación con él le preguntan:

— ¿Es verdad, señor, que queréis construir un Oratorio?

— Verdad, les contesta Don Bosco, quien sin dificultad les expone su proyecto y el bien que se promete conseguir.

Los eclesiásticos se hicieron una señal de inteligencia como diciendo: No hay duda; está bien loco.

— Señor, tenemos á la puerta un buen carruaje ¿queréis darnos el placer de acompañarnos á paseo?

Don Bosco excúsase, sin manifestar extrañeza por la invitación y luego concluye por ceder á las instancias.

— Subid, señor.

— Después de vosotros.

— Tened la bondad.

— De ningún modo; bien conozco cuánto respeto merecéis.

Impacientes montan éstos en el carruaje; mas Don Bosco, en vez de seguirlos, presto como un rayo, cierra con estrépido la puerta y con estentórea voz dice:

— ¡Al establecimiento!

Advertido el cochero de que debía partir apenas fuese avisado, azota los caballos y, sin consideración á los desesperados gritos de los pasajeros llega al patio del manicomio. La puerta estaba abierta de par en par. Ciérranla en seguida y acompañado de varios enfermeros aparece el Director.

Descienden los eclesiásticos, los cuales ciegos de cólera apostrofan con indignación al cochero y le reprochan su mala inteligencia.

— ¡Espacito! ¡tranquilizaos! les dice el Director. Me habían anunciado solamente un pensionista; pero tengo lugar para dos. Aquí estaréis perfectamente.

— ¡Insolente! Ved con quienes tratáis y que esto habéis de pagarlo muy caro.

— ¡Hola! que son locos furiosos, replica el Di-

rector, y vuelto á los enfermeros. — Conducidlos á las celdas, les dice, si no se calman, una ducha y camisa de fuerza.

Los pobres eclesiásticos quedaron aterrados. Por fortuna ocurrioles la idea de llamar al Capellán el cual, comprobando el error, consiguió fueran puestos en libertad. Una vez libres no les quedaron deseos de acercarse á aquella casa. Las risas y chanzas no les eran favorables y á nadie se ocultó que si Don Bosco deliraba con la locura del mismo Cristo, no le faltaba malicia para salvar de los lazos que se le tendían.

1846.

### ¿QUIÉN DOBLÓ LAS CAMPANAS?

El 5 de abril de 1846, domingo de Ramos, era el último día en que á los niños del Oratorio les era permitido reunirse en el Prado de Valdocco. Fué aquél uno de los días más tristes para Don Bosco. Érale necesario anunciar en qué punto deberían en adelante reunirse sus 400 niños, y ni un rayo de luz le indicaba dónde poder encontrarlo. Con el alma profundamente afligida, pero puesto el corazón en Dios, después de confesar á muchos de los niños, les invitó á ir como en romería á oír la santa Misa en Nuestra Señora de la Campaña, á fin de suplicar á la Reina del Cielo que les proporcionara un nuevo local para el Oratorio. La pro-

puesta fué acogida con júbilo, é inmediatamente todos en orden y con particular recogimiento, ora entonando cánticos, ora las letanías, ora recitando el rosario recorrieron los dos kilómetros que los separaban del santuario. Al llegar allí sorprendióles un alegre repique de campanas. —¿Acaso se celebraba alguna fiesta?— Nada. Nadie había dado orden de tocarlas. No se veía en la torre persona alguna; pero, con todo, el campaneó continuaba. El guardián del convento y confesor del Rey Carlos Alberto en vano intentó darse cuenta del hecho; y el caso era en verdad maravilloso, pues las campanas habían doblado solas.

Ya hemos visto en otra parte cómo fué escuchada la plegaria de esos niños (1).

1847.

### DON BOSCO MAESTRO DE ESCUELA

#### Sus primeros alumnos.

Era el año de 1847. En el Piamonte más que en cualquiera otra parte de Italia, mientras la cristiandad entonaba entusiastas *hosannas* por la exaltación del nuevo Pontífice Pío IX, la Iglesia vió aparecer contra ella una de las asechanzas más pérfidas y tenaces.

(1) *Boletín Salesiano*, noviembre de 1879.

— Lisonjead al clero y lo ganaréis, fué la palabra de orden de la masonería, observada fielmente por las logias y sus adictos de Turín. Obligados los seminaristas á estudiar teología en la Universidad, no tenían medio de evitar las calurosas ovaciones, y á los delirantes gritos de ¡Viva el clero, viva el clero! podía desde lejos adivinarse su pasaje.

No todos se engañaron con esas manifestaciones populares, y Don Bosco menos que nadie. A la verdad que á quel Domingo de Ramos bien pronto siguió la Pasión: el Seminario fué cerrado y dispersados sus moradores por las turbas revolucionarias.

Empeñóse Don Bosco en la obra de reparación. Entre los jóvenes que asistían al Oratorio y más se distinguían por su piedad, buena conducta é inteligencia notábanse José Buzzetti, Félix Reviglio, Carlos Gastini y Santiago Bellia. Había este último aprendido los ramos de enseñanza elemental; los demás habíanse dedicado á un oficio y apenas sabían escribir.

Como Jesús que amaba rodearse de los pequeños, quiso Don Bosco valerse de esos escolares para la grande Obra de los Oratorios.

— ¿Queréis ser mis auxiliares? les preguntó.

— Con mucho gusto, contestaron.

— Pero para eso será menester trabajar mucho y sobre todo resignaros á ser como este pañuelo en mis manos. Y esto diciendo apretaba en sus manos el pañuelo sacado del bolsillo; es decir,